

El enigmático sentido del "yo" perdido

Cuento corto

Steven Betancourth Loaiza

Me encuentro solo; algunos dirían que en realidad estoy rodeado de personas, quizás no lo entienden; en cualquier caso, esto eventualmente me afecta. Tendido sobre mi cama, absorto en mis pensamientos, algunos prejuicios turban nuevas perspectivas, pero en general llevo el control de estas ideas. Mi cuarto algo oscuro no supone distracciones innecesarias; me acerco a mi antiguo escritorio, una vela prendida es lo único que impide que la oscuridad se apodere de mi habitación, y quizás de algo más que eso. En medio del desorden que siempre lo acompaña empiezo a repasar una y otra vez archivos, notas, esquemas, fotos, cuantiosas hojas, busco patrones entre los incontables casos que he resuelto eficientemente, o al menos eso dirían las asociaciones que me contratan. En cuanto a mí creo que nunca estoy satisfecho, conductas humanas se repiten una y otra vez, son tan simples pienso algunas veces, otras todo lo contrario, de cualquier forma ninguno ha supuesto un reto significativo, anhelo que lo hubiera.

Justo antes de volver a mi cama, suena el teléfono; decido contestar, no escucho voz alguna, sólo sonidos, frecuencias periódicas se repiten una y otra vez. Análogamente pienso cómo mi vida se configura en una monotonía similar; pasan los segundos y me pregunto si pierdo mi tiempo, pero mi instinto de quizás un curioso compulsivo, en busca de respuestas no lo permite. Miro el reloj, ya han pasado exactamente tres minutos. Ahora logro descifrar algo... Separados por un lapso de cinco segundos cada intervalo debe representar un número pero no le encuentro sentido a esta cifra, decido darle una letra del abecedario a cada valor, tres pitidos c, dieciséis o, catorce n, veinte s, tres c, nueve i, cinco e, catorce n, veintiuno t, cinco e, nueve i, catorce n. Me pregunto si me equivoqué, pero reorganizo las letras y logro deducir: inconsciente. Tiene que ser me digo, ¿pero y ahora?, mis incontables lecturas sobre todo tipo de ciencias supondrían una ventaja normalmente, pero, aunque mi cerebro trae a la consciencia los recuerdos en el tema, no parecían tener relación alguna con mi situación actual.

Estudiante II Semestre de Psicología.
Universidad de Manizales.
loaiza233@gmail.com

Sigo pensando, buscando alguna salida, pero parece que estoy perdido en un sinfín de posibilidades.

Miro constantemente mi reloj, seis minutos después suena la puerta de mi apartamento, no reacciono emocionalmente, sólo pienso en quién podría ser; no tengo vínculos sentimentales con alguien, sólo relaciones efímeras que considero necesarias en cierto momento. Por lo tanto considero mínimamente probable esta posibilidad. Las agencias internacionales que me contratan tienen un riguroso sistema de comunicación preestablecido.

Descarto también esta opción, vuelvo a la realidad y me doy cuenta que la persona detrás de la puerta sigue tocando. Decido abrir, hombre alto con gabardina negra y pantalón gris; me concentro en sus rasgos físicos, ninguna expresión de ira, mirada firme y serena, postura rígida, manos atrás; ningún miedo parece nublar su mente. Entra sin decir palabra alguna, enciende la luz como si conociera a la perfección mi habitación y procede a sentarse en el sillón justo al frente de mi cama.

Por algún motivo simplemente cierro la puerta y procedo a sentarme, analizando cualquier posible movimiento, aunque no elimino la posibilidad de un enfrentamiento; considero que casi siempre hay otra salida, ¿qué sería de nuestra humanidad si no fuera así?

Miro mi reloj nuevamente, ya han pasado exactamente nueve minutos; justo en ese momento el misterioso hombre hace contacto visual y con una voz firme pregunta:



¿Qué quieres?

La pregunta es una paradoja para mí, me quedo en silencio; el hombre saca de sus bolsillos unas cuantas imágenes; me las entrega tranquilamente mientras empiezo a buscar alguna señal, un código, algo. Analizo las fechas detrás de cada una, son recientes todas, el papel no está maltratado. Supongo que nadie más las ha visto, la tinta parece fresca, por lo tanto las imprimieron hace poco. Miro de nuevo al hombre que inesperadamente saca un puñal del interior de su gabardina; se acerca lentamente pero reflejando una frialdad que sometería a una parálisis instantánea a cualquier otra persona. En ese momento me alisto para mi defensa, pero mientras miro las posibilidades a mí alrededor, algo así como un salto cuántico ocurre en mi cabeza.

El tiempo se detiene y sólo yo puedo moverme. Miro al hombre y me doy cuenta de que aún con la evidente intención de herirme seguía sin mostrar expresión alguna de ira; recojo las fotos que dejé caer y al mirarlas entiendo todo. Aun cuando siempre analizo cada posibilidad a mi alrededor, dejé escapar los detalles más significativos; mi mente que siempre buscaba patrones o señales más profundas, que escaparían a la percepción del común de la gente, había pasado inadvertido el más simple contenido, eran las imágenes de todas las personas que ayudé de alguna u otra forma, al resolver los casos en que he gastado la mayoría de mi tiempo de vida. Rostros sonrientes y expresiones de felicidad verdadera que aun en la difícil situación que se escapa de mis manos, me ayudan a encontrar un sentido a lo que estaba pasando: estaba en mi propia mente, inconsciente, la palabra codificada era la pista. Tres minutos en descifrar la palabra, seis minutos después suena la puerta, nueve minutos tarda el hombre en reaccionar, tres, seis nueve, símbolos matemáticos que estudié con gran fascinación y que al

entenderlos me brindaron un entendimiento casi divino de la relación perfecta entre el orden y la inestabilidad en un todo manifestado en la naturaleza, incluyendo la humana.

Justo en ese momento recordé la razón de porqué estoy aquí; esa motivación perdida, la misma razón que daba repuesta a la pregunta que llevaba tanto tiempo haciéndome, y que sin ella mi vida parecía estar condenada a la triste realidad del sinsentido. Esa anhelada respuesta a este enigma nacía en la relación de mi yo en un contexto dinámico con la humanidad, ideales que superan la banalidad natural del hombre y que daban una razón para no perderme en la inminente oscuridad; esos simples pero trascendentes motivos eran la búsqueda de la verdad y la justicia.

Despierto entonces a la realidad consciente, tendido sobre mi escritorio todo parece estar igual, pero la verdad nada lo es. La vela que se sostiene a mi lado no es la única fuente de luz, ahora yo también lo soy.